

6 Voces miradas

Economía de guerra

Ana Pérez Cañamares (Santa Cruz de Tenerife, 1968)

Ha participado en numerosas antologías de relato y poesía. Ha publicado los poemarios: *La alambrada de mi boca*, *En días idénticos a nubes*, *Alfabeto de cicatrices*, *Entre paréntesis (casi cien haikus)*, *La suma y los restos* (V Premio Blas de Otero-Villa de Bilbao, 2012) y esta *Economía de guerra* (Ediciones Lupercalia, 2014).

Este libro es una crónica. Levanta acta de unos años de pasividad, indignación y esperanza. Años de economía de guerra, arrasados por la nueva religión del mercado, en que el expolio se justificaba con el discurso de lo único posible y los nuevos sermoneadores laicos nos decían desde sus púlpitos, habla El Roto citado al inicio de un poema: “Mi trabajo de economista consiste en hacer que parezca necesario lo intolerable”. Miseria real, “eufemismos que matan”, lo intolerable como norma.

Los diferentes apartados del poemario están jalonados por citas de *Piloto de guerra* de Antoine de Saint-Exupéry y estos textos se integran con una rabiosa y sorprendente actualidad, dialogan con los poemas y recorren el mismo camino, del consentimiento a la rebelión, que la poeta, y nosotros con ella, hemos realizado. Porque este libro, de quien se nombra a sí misma diciendo “yo soy cualquiera”, está escrito escuchando muchas otras voces: las de la Asamblea Popular del Paseo de Extremadura, la de “los dignos que luchan cada día por la dignidad de todos”; pues, como afirma Mayakovski en la cita final: “La rotativa de los pasos sobre el papel de las plazas ha impreso esta edición”. Frente a economía de guerra, economía poética. Aquí nada se excluye, todo es necesario: los textos ajenos, los agradecimientos, cada verso y cada pausa. Ahora que “la muchedumbre ya no es una muchedumbre, es un pueblo, ¿cómo no habría de abrigar esperanza?”, se preguntaba Saint-Exupéry. Y Ana Pérez Cañamares responde: “Somos pueblo. Hasta aquí hemos llegado. No aguantamos más.” Y sus versos exactos nos transmiten una certeza: “perderemos la guerra de las mayúsculas/ pero la vida está de nuestra parte”.

Antonio Crespo Massieu

Cuando desollasteis al gato negro
hubiera bastado para hacer la revolución.

Cuando acusasteis de bruja a la anciana
hubiera bastado para hacer la revolución.

Cuando quemasteis aquel bosque
hubiera bastado para hacer la revolución.

Cuando la mujer abortó por vuestras patadas
hubiera bastado para hacer la revolución.

Cuando colgasteis del árbol al negro
hubiera bastado para hacer la revolución.

Cuando arrancasteis la uña del meñique
hubiera bastado para hacer la revolución.

Cuando os quedasteis mirando la agonía
hubiera bastado para hacer la revolución.

Cuando sonreísteis al recibir el soborno
hubiera bastado para hacer la revolución.

Cuando lanzasteis la bomba número uno
hubiera bastado para hacer la revolución

Ahora el estupor nos impide calcular
cuál sería vuestro merecido
y nuestro resarcimiento.

Hacía tanto viento:
parecía que hubiéramos enfadado
a un ser mudo con labios y sin grito.

Tanto, tanto viento:
una estampida de sombras
un rechinar de estructuras.
No conseguía saber si nuestro pecado
era haber hecho o no haber hecho nada.

Nos miramos
la ardilla y yo
con la complicidad
de los amenazados
por el mismo enemigo.

Cuando alguien inventó las perreras
la vuelta atrás fue irreversible.

¿Qué infierno imaginar
para el asesino de ángeles?

Habitar la incertidumbre
el momento en que la frontera
 no cae aquí
 ni allí
ese instante en que lloramos
 sobre los mapas
y las lágrimas hacen que los ríos
 se desborden.

No tener bandera que odiar
no saber si soy una, dos o el 99%.
Comenzar el recuento de víctimas y víveres
y obtener cada vez un resultado distinto.

Y que hasta los víveres sean víctimas
y las bajas,
 alimento.

Cuando los ladridos de los perros
se elevan en coro
todas las ciudades empequeñecen.

Los perros hacen pueblo.



No en el boletín oficial del estado
ni en diarios o plazas mayores.
No en las novelas ni en los desfiles:
la verdad se ve desde el tren
cuando entra en la ciudad
por la puerta trasera.
Ruinas, cascotes, matorrales
y un niño que saluda con la mano
a los indiferentes desconocidos.

La huida de los bosques
a través de las ventanillas:
metáfora evidente.
Pero un árbol no es
una figura literaria. Lo somos
el tren, la velocidad y yo.
El árbol está en su tarea:
perseguir la luz.

En mi patio está creciendo una hiedra
que le arranqué a la Casa de Campo.

Quizá sobre esa hiedra –o muy cerca–
cayó el tío Manuel bajo las balas.

Ahora mi tío brota en abril
cuando le llevo agua hasta los labios.

Sólo una cosa hace la poesía.
A susurros grita que todo
todo está relacionado con todo.
Con hilo de palabras, ella
va remendando los agujeros.

*El capitán no es el capitán. El capitán es el mar.
Jesús Lizano*

Todo acabará por llevarnos
la contraria. Y es bueno
que así sea. Lo que ven
tus ojos no es un país.
Tú no eres un dictador.
A todos tus intentos
de golpes de estado
los derrocará la vida:
invencible ejército
de liberación.

Seguir amando cuando el mundo
conocido se derrumba, es
querer conservar la ventana
incluso en la casa sin techo.

Para Gara y Naia

No creo en ningún dios
pero de ángeles voy sobrada:
a uno lo parí; otro me visita
cuando no puede estar solo
y por la sonrisa de los extraños
conozco que los ángeles
cambian de sexo y de oficio
no descansan sábados ni agostos
duermen junto a los cachorros
atrapados en motores de coche
dibujan líneas rectas
para guiar a los borrachos
y santifican los pies
de los no creyentes.
A la retransmisión del infierno
le bajan el sonido
para regalarnos cielos posibles.



Hay un lugar entre la impotencia
y el heroísmo.

Entre el pozo y la cera derretida
por la cercanía del sol.

Entre el desengaño y la otra mejilla.

Hay un lugar. Cada día lo bautizo
con mi nombre.

Cómo ganar una guerra perdida:

Uno. Excavar trincheras
con palas, lapiceros, saxofones.
De las grietas, hacer cicatrices.

Dos. No llevar uniformes.
Cada cual adoptará el disfraz
que menos le ofenda.

Tres. No distinguir noche y día.
Permitir la soledad a quien la elija.
Adoptar perros y recién llegados.

Cuatro. Celebrar una fiesta
por cada trinchera. Llegará el enemigo
y no entenderá nuestro lenguaje.

Les será imposible la conquista:
ellos no aman a los perros mestizos
ni arrancan orgasmos a las palabras.
Perderemos la guerra de las mayúsculas
pero la vida está de nuestra parte:
lloramos y celebramos la brizna.